Plaza pública
para la edición del 6 de diciembre de 1995

Ilegítima defensa

Miguel Ángel Granados Chapa

Aun quienes se sientan animados por el espíritu de dómine que llevó al secretario Emilio Chuayfett a propinar palmetazos a Manuel Camacho, encontrarán materia prima en la carta dominical del ex presidente Carlos Salinas. Por ejemplo, su sintaxis, la concordancia específicamente, derrapó cuando habla de su relación con Luis Donaldo Colosio. Comienza hablando de ella en singular: "mi relación" dice en el primer párrafo del capítulo cuatro de su mensaje, pero le acomoda un complemento en plural: "fueron siempre de confianza mutua, afecto y lealtad". "Mi relación...fueron", en vez de "Mi relación...fue".

Eso, por supuesto, carece de importancia, salvo que una interpretación de sicología profunda le atribuyera significados al traspié ocurrido precisamente al hablar de su relación con Colosio. En ese mismo capítulo asegura que el asesinato de Colosio fue un golpe que lo "devastó personalmente". Quién sabe si hizo una confesión íntima, intentó una metáfora, cometió un error lexicológico o por una conexión secreta del inconsciente, asoció ese verbo con lo que él mismo hizo a la república. Porque lo cierto es que, en sentido estricto, nadie puede quedar "devastado personalmente" porque devastar significa "destruir un territorio, arrasando sus edificios y

asolando sus campos", o "destruir, deshacer, arruinar o asolar una cosa material".

La extensión del apartado concerniente a Colosio muestra la importancia que Salinas confiere al tema. Fueron más breves su abordamiento de la política económica y su pretensión de convidar a otros de sus enemistades (es decir, su intento de hacer aparecer como un ataque al modelo neoliberal la impugnación a su política y a su conducta). El eje de su argumentación relativa a su vínculo con Colosio consiste en mostrar la tersura de sus relaciones con el candidato que él había fabricado a mano.

En esa línea, como continuación de su estrategia defensiva y como ratificación de la relevancia que atribuye al tema, Salinas envió a Televisión Azteca dos cartas que remitió a Colosio, en que el extinto político sonorense le hace profesión de afecto y fidelidad. Las misivas no serán piedras en ningún monumento a Colosio, porque lo enseñan inclinado en exceso a la adulación. Llama en efecto "mi único jefe y mi más querido amigo" a Salinas, aunque la cercanía entre ambos no era tan estrecha como para autorizar al menos la segunda apreciación, que todo el mundo creyó aplicable al ahora senador José Luis Soberanes, el "más querido amigo" de Colosio según las evidencias hasta ahora conocidas. Naturalmente, la difusión de esas cartas no aminora la impresión pública sobre el estado que guardaba la relación de Salinas con su primer candidato presidencial, aunque sólo fuera por el hecho de que se refieren a momentos muy anteriores a marzo de 1994.

Recuerda Salinas que "hasta el momento de su muerte hice ver con claridad y firmeza, en público y en privado que para mi no hubo más candidato que Luis Donaldo Colosio". Eso es verdad, pero sólo media verdad. Claro que todo el mundo recuerda su célebre instrucción a los priístas principales, reunidos en un acto partidario en la sede presidencial, destinada a evitar que "se hicieran bolas". Pero se trataba de un caso típico de doble discurso. Salinas mismo procedía de tal modo que contribuía a "hacer bolas" a sus correligionarios, y al propio Colosio, quien en más de un momento expresó a sus allegados, y aun a quienes no lo eran, extrañeza por la actitud presidencial respecto de su candidatura.

Siendo muy importante determinar el estado preciso de la relación Colosio-Salinas a la hora del asesinato, también lo es precisar la actuación personal del Presidente Salinas en torno del caso, y el resultado de esa actitud. Y lo cierto es que el crimen que lo "devastó personalmente" quedó sumergido en el misterio durante los ocho meses en que Salinas pudo desde la Presidencia de la República impulsar su esclarecimiento.

Salinas dispuso, sin sentido jurídico ni político alguno, que el gobernador Manlio Fabio Beltrones se apersonara en el lugar del crimen, horas después de ocurrido. De ese modo inició intervenciones personales fuera de orden, que contribuyeron a pervertir la indagación. Decidió enseguida que el fiscal especial del caso fuera Santiago Oñate, quien ahora padece el predicamento de impulsar la expulsión de su ex jefe del partido que inopinadamente encabeza, o asociar su

propio destino al de Salinas. Aunque Oñate había sido un buen profesor de derecho y un sapiente consultor jurídico, carecía de toda experiencia en averiguaciones penales. Su desempeño en la averiguación del crimen de Lomas Taurinas hubiera cosechado aun menos frutos que los conseguidos por Miguel Montes, designado fiscal por Salinas, a regañadientes, y ante la insistencia de la señora viuda de Colosio.

Mientras Montes se empeñaba en superar los obstáculos para su investigación (incluidos los que derivaron de que Salinas privilegiara su propia imagen por sobre el progreso de las indagaciones), el Presidente se comportó equívocamente con personas que al menos mostraron ineficacia en la protección de la vida de Colosio. El general Domiro García Reyes, jefe de la escolta militar del candidato presidencial, se reincorporó al Estado Mayor de Salinas como si nada hubiera ocurrido. Y peor aún: ¿es o no verdad que Fernando de la Sota, un ex comandante policiaco despedido por corrupción y eso no obstante encargado del grupo civil de seguridad de Colosio, quedó integrado al cuerpo de guardias personales de Salinas, luego de su fracaso como protector del candidato priísta?

Salinas integró una comisión aledaña a la fiscalía especial distinta de la que había propuesto la señora viuda de Colosio. Dos veces rehusó aceptar la renuncia de Montes, que llegó a su límite mucho antes de que finalmente fuera reemplazado por doña Olga Islas, que tampoco pudo resolver el crimen del 23 de marzo.

Esos son los hechos. Lo de ahora son excusas, una ilegítima defensa.

PLAZA PÚBLICA

MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Ilegítima defensa

Es importante determinar el estado preciso de la relación Colosio-Salinas a la hora del asesinato y también la actuación personal de Salinas en torno del caso. Lo cierto es que el crimen quedó sumergido en el misterio durante los ocho meses en que Salinas pudo desde la Presidencia impulsar su esclarecimiento.

Aun quienes se sientan animados por el espíritu de dómine que llevó al secretario Emilio Chuayffet a propinar palmetazos a Manuel Camacho encontrarán materia prima en la carta dominical del ex presidente Carlos Salinas. Por ejemplo, su sintaxis, la concordancia específicamente, derrapó cuando habla de su relación con Luis Donaldo Colosio. Comienza hablando de ella en singular: "mi relación" dice en el primer párrafo del capítulo cuatro de su mensaje, pero le acomoda un complemento en plural: "fueron siempre de confianza mutua, afecto y lealtad". "Mi relación... fueron", en vez de "Mi relación... fue".

Eso, por supuesto, carece de importancia, salvo que una interpretación de sicología profunda le atribuyera significados al traspié ocurrido precisamente al hablar de su relación con Colosio. En ese mismo capítulo asegura que el asesinato de Colosio fue un golpe que lo "devastó personalmente". Quién sabe si hizo una confesión íntima, intentó una metáfora, cometió un error lexicológico o por una conexión secreta del inconsciente, asoció ese verbo con lo que él mismo hizo a la República. Porque lo cierto es que, en sentido estricto, nadie puede quedar "devastado personalmente" porque devastar significa "destruir un territorio, arrasando sus edificios y asolando sus campos", o "destruir, deshacer, arruinar o asolar una cosa material".

La extensión del apartado concerniente a Colosio muestra la importancia que Salinas confiere al tema. Fueron más breves su abordamiento de la política económica y su pretensión de convidar a otros de sus enemistades (es decir, su intento de hacer aparecer como un ataque al modelo neoliberal la impugnación a su política y a su conducta). El eje de su argumentación relativa a su vínculo con Colosio consiste en mostrar la tersura de sus relaciones con el candidato que él había fabricado a mano.

En esa línea, como continuación de su estrategia defensiva y como ratificación de cuánta relevancia atribuye al tema, Salinas envió a Televisión Azteca dos cartas que le remitió Colosio, en que el extinto político sonorense le hace profesión de afecto y fidelidad. Las misivas no serán piedras en ningún monumento a Colosio, porque lo enseñan inclinado en exceso a la adulación. Llama en efecto "mi único jefe y mi más querido amigo" a Salinas, aunque la cercanía entre ambos no era tan estrecha como para autorizar al menos la segunda apreciación, que todo el mundo creyó aplicable al ahora senador José Luis Soberanes, el "más querido amigo" de Colosio según las evidencias hasta ahora conocidas. Naturalmente, la difusión de esas cartas no aminora la impresión pública sobre el estado que guardaba la relación de Salinas con su primer candidato presidencial, aunque sólo fuera por el hecho de que se refieren a momentos muy anteriores a marzo de 1994.

Recuerda Salinas que "hasta el momento de su muerte hice ver con claridad y firmeza, en público y en privado que para mi no hubo más candidato que Luis Donaldo Colosio". Eso es verdad, pero sólo media verdad. Claro que todo el mundo recuerda su célebre instrucción a los priístas principales, reunidos en un acto partidario en la sede presidencial, destinada a evitar que "se hicieran bolas". Pero se trataba de un caso típico de doble discurso. Salinas mismo procedía de tal modo que contribuía a "hacer bolas" a sus correligionarios, y al propio Colosio, quien en más de un momento expresó a sus allegados, y aun a quienes no lo eran, extrañeza por la actitud presidencial respecto de su candidatura.

> ¿Es o no verdad que Fernando de la Sota, un ex comandante policiaco despedido por corrupción y eso no obstante encargado del grupo civil de seguridad de Colosio, quedó integrado al cuerpo de guardias personales de Salinas, luego de su fracaso como protector del candidato priísta?

Siendo muy importante determinar el estado preciso de la relación Colosio-Salinas a la hora del asesinato, también lo es precisar la actuación personal del presidente Salinas en torno del caso, y el resultado de esa actitud. Y lo cierto es que el crimen que lo "devastó personalmente" quedó sumergido en el misterio durante los ocho meses en que Salinas pudo desde la Presidencia de la República impulsar su esclarecimiento.

Salinas dispuso, sin sentido jurídico ni político alguno, que el gobernador Manlio Fabio Beltrones se apersonara en el lugar del crimen, horas después de ocurrido. De ese modo inició intervenciones personales fuera de orden, que contribuyeron a pervertir la indagación. Decidió enseguida que el fiscal especial del caso fuera Santiago Oñate, quien ahora padece el predicamento de impulsar la expulsión de su ex jefe del partido que inopinadamente encabeza, o asociar su propio destino al de Salinas. Aunque Oñate había sido un buen profesor de derecho y un sapiente consultor jurídico, carecía de toda experiencia en averiguaciones penales. Su desempeño en la averiguación del crimen de Lomas Taurinas hubiera cosechado aun menos frutos que los conseguidos por Miguel Montes, designado fiscal por Salinas, a regañadientes, y ante la insistencia de la señora viuda de Colosio.

Mientras Montes se empeñaba en superar los obstáculos para su investigación (incluidos los que derivaron de que Salinas privilegiara su propia imagen por sobre el progreso de las indagaciones), el Presidente se comportó equívocamente con personas que al menos mostraron ineficacia en la protección de la vida de Colosio. El general Domiro García Reyes, jefe de la escolta militar del candidato presidencial, se reincorporó al Estado Mayor de Salinas como si nada hubiera ocurrido. Y peor aún: ¿es o no verdad que Fernando de la Sota, un ex comandante policiaco despedido por corrupción y eso no obstante encargado del grupo civil de seguridad de Colosio, quedó integrado al cuerpo de guardias personales de Salinas, luego de su fracaso como protector del candidato priísta?

Salinas integró una comisión aledaña a la fiscalía especial distinta de la que había propuesto la señora viuda de Colosio. Dos veces rehusó aceptar la renuncia de Montes, que llegó a su límite mucho antes de que finalmente fuera reemplazado por doña Olga Islas, que tampoco pudo resolver el crimen del 23 de marzo.

Esos son los hechos. Lo de ahora son excusas, una ilegítima defensa.